

Desde que tengo memoria hay otra orilla. Es una línea firme, tensa por debajo. Por encima, flexible, fluctuante. Siempre está ahí, hasta en la noche que amenaza con haberla quitado para siempre.

Ni engaño ni mero espejismo sobre el plano de agua quieta.

Un lugar real que desde aquí se ve como una línea —irregular, coloreada sí por la presencia de árboles, pastizales, pedazos desnudos de barranca; pero cambiante también allí, si el sol baja o sube o se ha nublado o hay niebla o si directamente es de noche, y por supuesto, cambiante aun porque si la noche es clara de estrellas o de luna, o porque no es clara en absoluto, o se ven brillar a lo lejos, sobre esa misma línea, fuegos altísimos, a los que bien les cabe el nombre de «fuegos devoradores»—.

Ahora, mientras intento acumular en un solo recuerdo la infinidad de veces que me quedé mirando desde un punto cualquiera de este lado hacia aquel otro, me impresiona, y hasta me apena incluso, descubrir semejante carencia de matices en las imágenes que veo desfilar variando de estación, de horario, de etapa de la vida. Gesto cordial de una rutina que el ojo y la memoria atesoran como si de eso se tratara la verdad. Ante el fracaso indiscutible de los recuerdos, sólo esa misma línea, tensa por debajo, y por encima flexible, fluctuante, parece resistir como única materia cierta del paisaje; flota en el sueño igual que una barriga llena intentando sostenerse sobre el agua, una barriga tensa, hinchada, como la de un pescado muerto o un ahogado. Con la confusión propia de los sueños, yo me aferro a esa línea: tabla de salvación en medio de un mar de sudestada.

Preguntándose por el secreto de una historia, lo que hace de una historia «la más hermosa aventura imaginable», Eliseo Diego responde: «diría que es simple-

mente un lugar». Así, para Diego, el hechizo de una historia «no viene de los movimientos admirables [...], sino de los lugares, es decir, de las estancias, de los sitios donde se está». Y agrega: «cuanto he podido hacer tiene su fuente en un lugar, en un espacio físico [...] y fue sólo cuando todo se hizo nada más que un objeto de la memoria, nada más que un sueño; cuando quise mirar lo que había perdido; fue sólo entonces que necesité de la letra».

Pero ¿cómo entra en «la letra» ese lugar, haciendo posible la historia, es decir, el tiempo? La poca respuesta que podría dar a esa pregunta es de algún modo ajena a toda utilidad práctica: diría que se trata simplemente de un acto de fe. Fe en la materialidad plena de algo a toda vista intangible e imposible de reducir a una única cosa, a un único objeto inmaterial o sensorial, y que, a la vez, resplandece en la multitud innumerable de los detalles, aun de aquellos que, por nimios, parecieran escurrirse de nuestra percepción, irse constantemente en un fluir que nada es capaz de fijar, excepto, quizás, por ese salto de pez, ese brillo inesperado, ese golpe de luz en el torrente, que llamamos instante. A saber, el sentido.

Sólo entonces la línea parece adquirir en su repliegue una nueva densidad, la potencia de un volumen que puebla el espacio, es decir, lo transforma en espacio habitado, lugar más allá, paisaje a la vez exterior e interior: orilla.

Por eso, después de dar vueltas a esta historia en particular, pienso que apenas si habla de un regreso, y de una partida otra vez, y quizás de un futuro regreso, a un cierto lugar que sólo se hace posible en el despliegue de la línea, en el salir al encuentro de lo que ella sea, más allá y más acá de esa su retracción primera en la tangente, un poco por debajo de la curva suave, imaginaria del horizonte. Y así, me gustaría que su tiempo, antes que ningún otro, fuera ese: el futuro; a la vez inmediato y lejano. Y ya que todo regreso es imposible, quisiera que tal imposibilidad no se quedara ciegamente girando en su insistencia, sino que hiciera de pasaje a ese lugar cada vez más difícil de sostener como otra orilla —aun si distante y vaga—, un lugar, un buen lugar incluso, que estuviera, como quien dice, por venir.

No obstante, lo primero que llega es un recuerdo. Es uno de los más vívidos y remotos que logro traer a la conciencia, y en él, a pesar de su cercanía relativa, la otra orilla permanece invisible.

Se trata de una memoria de infancia: mi hermano menor y yo estamos metidos en el río. El agua nos llega casi al cuello y nosotros hacemos pie sobre unos escalones de granito que se encuentran sumergidos prácticamente por completo. Está oscureciendo y pronto tendremos que salir. Mientras la corriente nos balancea con suavidad —junto con dos o tres camalotes que han comenzado a acumularse sobre la ribera, muy cerca de nosotros—, no atendemos al paisaje ni a nada. Todavía somos el paisaje: dos niños anfibios flotando en la corriente espaciosa y extrañamente serena, aferrados, por debajo del agua turbia, a la aspereza tranquilizadora del granito, que nos mantiene a distancia del fondo lodoso y su blandura excesiva, inquietante.

Quando por fin nos obligan a salir, tenemos la piel de los pies y las manos enteramente arrugada; piel de gallina a lo largo de brazos y piernas y una especie de

tirantez en las mejillas y la frente que brillan enrojecidas. Recorremos empapados los pocos metros que nos separan del lugar donde se amontonan, ya listos, los bártulos traídos para el día de picnic. Mientras cruzamos la tierra pelada, vemos encenderse las primeras luces de la avenida que pasa frente al balneario, y con los ojos fijos en ellas, entramos temblando a la envoltura reconfortante de los toallones, que mamá despliega por turnos y que se cierran sobre nuestros cuerpos a la par de su abrazo. Poco después, los faroles que bordean la avenida ya están encendidos totalmente. Cuando una vez secos y vestidos nos damos vuelta para mirar hacia el río, lo único que se ofrece a la vista es una oscuridad cerrada e inmóvil. Enfrente de nosotros, todas las cosas que hasta hace un momento nos rodeaban, incluyendo la otra orilla, a la que casi no atendemos porque siempre nos parece tan lejana, se han desvanecido.

Extraño como resulta pensarlo si se enuncia de un modo absoluto, el cruce a la otra orilla supone el cruce de una frontera. No en sentido metafórico, sino una frontera en sentido estricto, un límite geopolítico. En

algún punto entre el río y la tierra, una línea no siempre clara recorta destinos administrativos y socioculturales diversos.

Sin embargo, la distancia que rememoro de una banda a otra del Paraná, sopesando la geografía como se aparecía a nuestros ojos de niños, es siempre «mayor». Iba más allá de un espacio a recorrer, por extenso que pudiera resultarnos. Era, más precisamente, un espacio que no podía recorrerse. El otro lado del río, con su laberinto de islas y riachos, oponía un obstáculo absoluto. Cualquier lugar por detrás de aquella ribera apenas vislumbrada pertenecía a una especie de país de Nunca Jamás, un territorio a la vez salvaje y maravilloso, una suerte de «terra incognita». Los nombres mismos de las islas llegaban como fragmentos perdidos en un torrente inestable y pleno de incertidumbre: Deseada, Invernada, Espinillo... «¿Dónde? ¿Cuál?». Silencio.

Volver la vista hacia allí era volverse hacia una lejanía inaccesible. Y el retorno a casa desde la costanera tenía siempre un dejo melancólico, mientras atravesá-

bamos las calles cada vez más estrechas y sin asfaltar, de regreso a nuestro mundo de tierra adentro.

«El tío Rodolfo cruza», dice mi hermano un día. «¿Cómo?» «En bote, con los pescadores.» Conozco los botes de los pescadores, siempre están los domingos, cuando vamos a La Florida. A veces les compramos. Hay de todo: surubí, pacú, dorado, boga, sábalo de correntada. «¿El tío Rodolfo trabaja como pescador?» Es posible. El tío Rodolfo tiene muchos oficios. Pero con este ha ascendido a un grado completamente nuevo en la escala de mi admiración. Mi hermano agrega que quizás él pueda acompañarlo alguna vez, cuando sea un poco más grande. Dejan ir a los varones. Las nenas no pueden ir, ni aunque crezcan.

Para cuando, finalmente, contraviniendo todas las teorías infantiles, crucé esa línea tantas veces avistada como inalcanzable a principios de diciembre del año dos mil —después de un par de intentos fallidos que nunca sentí del todo míos—, lo que me esperaba del otro lado fue mucho más que cualquier cosa que hubiera

podido imaginar. Fue, simplemente, un lugar real.

Un lugar real, es decir, un espacio que me salía al encuentro, abriéndose como una casa, familiar y, al mismo tiempo, entramado con esas extrañas zonas de abismo que sorprendemos también aun sintiéndonos en casa, aun *estando en casa*. Criaturas del espacio-tiempo cuya presencia pareciera más bien olfatearse, entidades propicias a una especie de sentido lateral, a un ladeo de la conciencia, ahí, en ese punto justo donde lo que llamamos conciencia desliza hacia otra parte.

Quizás por eso, la primera sensación que me golpea mientras trato de rehacer aquel día inaugural, desde el momento justo de subir a la lancha que cruzaría el canal para llevarme finalmente a destino —después de haber comprado, un poco vacilante, el pasaje a la playa escogida nomás por el nombre—, la primera sensación, decía, sea esta que va directo a la nariz. «El olor a río», una mezcla sedosa, intensa, húmeda, que entra por los conductos de la nariz produciendo un ligero mareo, dada la etérea pero incuestionable presencia del petróleo destilado que alimenta el ruido, por

momentos ensordecedor, por momentos apenas rumboso, de los motores de la lancha.

Entonces, desde que tengo memoria hay otra orilla. Es una línea, un híbrido entre el sueño y la vigilia. Es, ante todo, algo avistado a la distancia, y más tarde, algo que se pierde de vista, que se deja en alguna parte, detrás de lo visible. Si, como sugería Lodovico da Pirano, nos representáramos la memoria como un palacio o un templo que contenga muchos lugares, a aquella línea le tocarían siempre los sitios más retirados, si no directamente las afueras del templo o el palacio.

Difuminada en los límites, falta de rigor frente al orden plenamente nominado de la ciudad —con su cuadrícula de acero que marcaba cada recorte del espacio mediante un estricto y dinámico sistema de designaciones—, la otra orilla parecía encajar más en el rumor que en un decir distintivo y explícito. Como si persistiera quieta y sin habla, su naturaleza acallada por las exigencias de la precisión citadina la destinaba abiertamente al silencio.